

# Gabi y Brisna viajan por el cielo



# Índice

1. Las nubes de algodón
2. La lluvia dorada
3. El arcoíris gigante
4. El lago redondo
5. La colina cantarina
6. La isla dormida
7. La nube roja
8. El prado saltarín
9. La playa de cristal
10. El regreso al cielo de algodón

# Capítulo 1 — Las nubes de algodón

Gabi es un niño curioso. Muy curioso.

Le gusta mirar el cielo y preguntarse qué hay más allá de las nubes.

Siempre lleva su gorra roja, incluso para dormir la siesta, porque dice que le da suerte.

Su mejor amigo es Brisna.

Brisna es un dragón suave, de color verde esmeralda, con alas grandes y fuertes.

No echa fuego, sino aire calentito, como un soplo de manta suave.

Sus ojos brillan como dos estrellas y su cola se mueve despacio, como una cinta al viento.

A Gabi y Brisna les encanta volar juntos.

Cada mañana, después del desayuno, se suben al tejado de la casa de Gabi para mirar el cielo y decidir a dónde irán.

Algunos días visitan bosques, otros mares, y a veces, lugares que solo existen en las nubes.

Esa mañana, el cielo está despejado y azul.

—Hoy quiero volar muy alto —dice Gabi ajustándose la gorra.

—Entonces, agárrate fuerte —responde Brisna con una sonrisa.

Gabi se sienta sobre la espalda de Brisna.

Las alas se abren despacio, como dos grandes puertas.

Un suave golpe de aire hace que Gabi ría.

El dragón bate las alas, primero despacio... luego más rápido... y ¡zas! se elevan en el aire.

Arriba, el aire es fresco y huele a limpio.

Las nubes flotan a su alrededor, blancas y suaves como almohadas gigantes.

Gabi estira la mano y toca una.

—Es como algodón de azúcar... pero sin el azúcar —dice riendo.

De pronto, Gabi se da cuenta de algo: una nube tiene orejas.

Otra nube tiene cola.

—¡Es un perrito! —exclama.

La nube-perrito se mueve lentamente, como si nadara en el cielo.

Brisna vuela junto a ella.

La nube parece querer jugar: se adelanta, se esconde, vuelve a aparecer.

Durante un rato, vuelan juntos, como si fueran tres amigos.

Pero el viento cambia.

La nube-perrito gira, mueve su colita de vapor y se aleja, flotando entre las demás nubes.

Gabi la saluda con la mano.

—Adiós, perrito de nube.

Brisna baja un poco las alas y vuelan despacio hacia casa.

El sol les calienta la espalda y el cielo sigue azul.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonrío.

## Capítulo 2 — La lluvia dorada

Gabi lleva su gorra roja, bien colocada.

Brisna, su amigo dragón suave, espera junto al tejado, moviendo la cola despacio.

El cielo tiene nubes grises, pero el aire no está frío.

—Hoy iremos al bosque grande —dice Brisna.

—Quiero ver árboles altos y hojas que se mueven —responde Gabi.

Gabi se sube a la espalda de Brisna y se agarra fuerte.

Las alas se abren, el viento sopla suave y se elevan.

Vuelan sobre casas pequeñas, campos verdes y un río que serpentea como una cinta brillante.

Cuando llegan al bosque, las copas de los árboles parecen tocar el cielo.

Se escuchan sonidos suaves: shhh... shhh...

—Parece que el bosque habla —susurra Gabi.

De pronto, algo empieza a caer del cielo.

No son gotas normales.

—¡Mira, Brisna, brillan! —dice Gabi con los ojos muy abiertos.

Son gotas doradas, redondas y ligeras.

Caen sobre las hojas y... ¡las pintan de oro!

Una hoja verde se vuelve dorada en un segundo.

Luego otra, y otra, y otra más.

El bosque entero empieza a brillar como un tesoro escondido.

Brisna vuela más bajo para que Gabi lo vea mejor.

Algunas gotas caen sobre la gorra roja de Gabi, dejando pequeños puntos brillantes.

—Ahora mi gorra parece de fiesta —ríe Gabi.

El sol se asoma entre las nubes grises y el bosque dorado  
brilla aún más.

El aire huele dulce, como a flores y miel.

Gabi respira hondo y sonrío.

Poco a poco, la lluvia dorada se detiene.

El bosque queda en silencio, con las hojas brillando bajo  
la luz suave.

—Volvamos a casa —dice Brisna.

Gabi mira atrás una última vez y memoriza el bosque  
dorado.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonrío.



## Capítulo 3 — El arcoíris gigante

Es temprano y el aire huele a lluvia y sol al mismo tiempo.

Gabi sale con su gorra roja.

Brisna le espera, moviendo las alas como si tuviera prisa por despegar.

—Hoy encontraremos algo especial —dice Brisna.

—Me gustan los días así —responde Gabi.

Gabi se sube a la espalda del dragón y se agarra bien.

Las alas baten despacio al principio... luego más rápido.

Suben por encima de las casas y cruzan campos verdes.

De pronto, Gabi abre mucho los ojos y señala hacia delante.

—¡Mira! —exclama.

En el cielo aparece un arco enorme.

Tiene rojo, naranja, amarillo, verde, azul y violeta.

Parece tan grande que une el cielo con la tierra.

—Es un arcoíris gigante... y parece un tobogán —dice Gabi con una sonrisa.

Brisna se acerca despacio, planeando sobre el aire fresco.

Cuando llegan al arco, se dejan llevar.

Primero pasan por el rojo, que huele a fresas dulces.

Luego el naranja, cálido como el sol en la cara.

Después el amarillo, que les hace reír como si les hicieran cosquillas.

En el verde sienten un aire fresco y limpio.

El azul suena como el mar tranquilo en la orilla.

Y el violeta les envuelve como una manta suave.

Gabi cierra los ojos un momento para sentir todos los colores.

—Nunca he visto algo tan bonito —susurra.

Al llegar al final, el arcoíris empieza a desvanecerse poco a poco.

El rojo se vuelve rosado, el azul se aclara, y el violeta se pierde en el cielo.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonrío.

## Capítulo 4 — El lago redondo

Gabi ajusta su gorra roja.

Brisna agita sus alas grandes, muy despacio.

—Hoy volaremos bajito —dice Brisna.

—Quiero ver algo que brille —responde Gabi.

Siguen un camino de flores amarillas.

El aire es fresco.

Los árboles hacen sombra en el suelo como parches verdes.

Entre los troncos aparece un lago.

Es redondo. Muy redondo.

Tan redondo que parece un plato gigante de cristal.

El agua está quieta, quieta.

Refleja el cielo, las nubes... y a ellos dos.

—¡Mira! —ríe Gabi—. Ahí abajo hay otro Gabi y otro Brisna.

Brisna baja un poco.

Mueve un ala.

En el lago, un ala de espejo también se mueve.

Gabi levanta la mano y saluda a su reflejo.

El reflejo saluda también.

A la orilla, un pez pequeño asoma como un brillo.

Hace “plip” y deja un círculo en el agua.

Luego otro “plip”, y otro más.

Los círculos se tocan y bailan despacio.

Gabi se acerca con cuidado.

Sopla muy suave sobre la superficie.

El soplo viaja y hace ondas redonditas.

Todo se vuelve dorado cuando el sol se asoma entre las hojas.

—Es como un espejo que sueña —susurra Gabi.

Brisna asiente con los ojos brillantes.

El cielo empieza a ponerse rosa.

El lago sostiene ese color como si fuera suyo.

Gabi lo mira una vez más, en silencio.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonríe.



## Capítulo 5 — La colina cantarina

La mañana huele a hierba mojada.

Gabi se abraza al cuello de Brisna.

Las alas del dragón empujan el aire, suave, suave.

—Escucho algo —dice Gabi.

—Yo también —responde Brisna.

Vuelan hasta una colina cubierta de hierba alta.

Flores pequeñas, blancas y moradas, tiemblan en los tallos.

El viento sopla y la colina hace música:

shhh... shhh... la-la-la...

Gabi pone la mano sobre la hierba.

Está fresca.

Cuando el viento pasa, la hierba se inclina como si saludara.

shhh... la... la...

La canción cambia, se hace más rápida, luego más lenta.

—La colina canta con el viento —dice Gabi bajito.

Se tumban un momento.

Las nubes corren lentas por el cielo azul.

Una parece barco. Otra, gato. Otra, montaña de algodón.

Un saltamontes salta cerca y se queda quieto, escuchando también.

Un pajarito dice “pío” y se marcha.

El viento vuelve, más tibio, y la colina canta de nuevo:

shhhhh... la-la... shhh...

Gabi cierra los ojos.

Siente el sol en la cara.

Siente la hierba en los dedos.

Siente la música por dentro, muy dentro.

—Quiero recordar esta canción —susurra.

—La recordaremos juntos —dice Brisna.

El sol baja un poquito más.

La colina brilla de color miel.

La canción se hace muy suave, casi un susurro.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonrío.



## Capítulo 6 — La isla dormida

El mar está liso como una sábana azul.

Gabi y Brisna vuelan cerca del agua.

Se oye un sonido lejano, como un ronroneo:

hummm... hummm...

—Viene de allí —dice Brisna.

Aparece una isla pequeña.

Tiene forma de tortuga gigante.

La cabeza es un monte redondito.

La espalda, una colina suave.

La orilla dibuja las patas, muy quietas.

—Parece que duerme —susurra Gabi.

Brisna desciende con cuidado, muy despacio.

Aterrizan sobre la “espalda” de arena tibia.

Las olas llegan y se van, como una respiración.

shhh... shhh...

El rumor del mar se mezcla con el hummm... de la isla.

En la arena hay conchas claras.

Una brilla como una luna pequeña.

Gabi la mira, sin tocar, para no despertar a la isla.

—Está soñando —dice Gabi.

—Sueños de agua y sol —responde Brisna.

Las gaviotas pasan lejos, sin ruido.

Un cangrejo asoma medio cuerpo y vuelve a esconderse.

El aire sabe a sal y a aventura tranquila.

Se quedan un rato escuchando.

El hummm... se vuelve más lento, como si la isla respirara más profundo.

Gabi sonrío con los ojos.

—Nos vamos en puntitas —dice Brisna en voz muy baja.

Abre las alas sin hacer casi viento.

Se elevan, suaves, suaves, para no hacer ruido.

La isla-tortuga queda atrás, dormida, redonda, dorada por el sol.

El mar vuelve a ser una sábana azul.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonrío.

# Capítulo 7 — La nube roja

El día está claro y el cielo es un gran mantel azul.

Gabi se pone la gorra roja.

Brisna sale de detrás del gran árbol y agita sus alas, suave, suave.

—Hoy volaremos sin prisa —dice Brisna.

—Quiero mirar el cielo mucho rato —responde Gabi.

Suben despacio, dejando abajo los tejados y los huertos.

Las nubes blancas parecen ovejas dormidas.

Van en fila, muy quietas, muy blandas.

Entonces, Gabi ve algo distinto.

—Brisna, mira —susurra—. Allí hay una nube... roja.

No rosa, no naranja: roja. Como su gorra.

Se acercan.

La nube roja está sola, un poco separada de las demás.

Tiene bordes suaves, redondeados, como una almohada pintada.

El sol la atraviesa y la vuelve más brillante por dentro, como si guardara un fuego lento.

—Hola, nube —dice Gabi en voz bajita, por si se asusta.

Brisna planea alrededor, sin tocarla.

La nube parece moverse un poco, como si quisiera seguirlos.

Durante un buen rato, vuelan al mismo ritmo.

La nube roja va a la izquierda, luego a la derecha, luego sube un poco.

Gabi sonrío.

—Creo que le gusta nuestra compañía.

Más arriba, el cielo se vuelve de un azul más profundo.

La nube roja se acerca a un grupo de nubes blancas.

Ellas la rodean, curiosas, como cuando los pájaros miran un comedero nuevo.

Poco a poco, la nube roja se aclara.

Se hace rosada, luego muy clara, y termina perdiéndose entre las otras.

Gabi se queda mirando el lugar donde estaba.

Aprieta un poquito su gorra, como para recordarla.

—Era bonita —dice.

Brisna da una vuelta amplia y se encamina de regreso.

El cielo vuelve a ser un mantel azul, tranquilo.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonrío.



## Capítulo 8 — El prado saltarín

La mañana huele a tierra tibia.

Gabi acaricia el cuello de Brisna y se sienta cómodo en su espalda.

—Hoy quiero algo suave —dice Gabi.

—Conozco un sitio perfecto —responde Brisna.

Vuelan hasta un prado grande, ancho como un suspiro.

La hierba es alta y elástica.

El viento la peina en olas verdes.

Brisna desciende y roza el suelo con las patas.

El prado se hunde apenas y vuelve a subir, como un colchón muy contento.

—¡Parece que salta! —ríe Gabi.

Caminan un poco.

Cada paso hace un “pof” pequeñito y la hierba vuelve a su sitio.

Las flores, amarillas y blancas, asoman sus cabecitas y se mecen sin caerse.

Una libélula pasa zumbando, brillante como un trocito de cristal.

Muy arriba, una nube en forma de conejo corre lenta.

Todo es blando, todo es amable.

Gabi se tumba boca arriba.

El prado lo abraza.

Siente la hierba fresca en los brazos, el sol suave en la cara, el rumor lejano de un riachuelo que no se ve.

Brisa se coloca a su lado, plegando las alas como dos mantas.

Durante un buen rato, no hacen nada.

Solo respiran.

El prado parece respirar con ellos: baja un poquito, sube un poquito, baja, sube.

Cuando Gabi se sienta de nuevo, el prado hace “pof” despacito.

—Me quedaría aquí hasta la noche —dice.

—El prado guardará nuestro hueco —responde Brisna.

El viento trae un olor a menta y a pan.

Brisna abre las alas, muy despacio, para no romper la calma del lugar.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonríe.

# Capítulo 9 — La playa de cristal

El cielo es claro y el mar huele a sal y a aventura tranquila.

Gabi se ajusta la gorra roja.

Brisna bate las alas y ambos se dejan llevar por la brisa, bajando hasta la orilla.

La playa se extiende como una cinta pálida.

Pero no es arena cualquiera.

Brilla.

Brilla con miles de puntitos, como si hubiese estrellas dormidas sobre el suelo.

—Es una playa de cristal —dice Gabi, asombrado.

Se acercan despacio.

Las pequeñas piedrecitas son lisas, transparentes, verdes, azules, color miel.

Cuando el sol las toca, se encienden.

Una ola llega y se retira, muy suave: shhh...

Las piedrecitas ruedan un poco y suenan como campanitas.

tin... tin... tin...

Gabi sonrío sin hablar, para no romper ese sonido.

Brisna desciende las patas y las hunde apenas en el borde de agua.

El reflejo de sus alas se mueve sobre la orilla como una sombra brillante.

Muy cerca, una gaviota deja una huella perfecta y se marcha.

Gabi mira hacia el fondo del agua.

Ve algas que bailan lentas y un pez plateado que pasa como un destello.

El mar, desde arriba, parece un vidrio azul inmenso.

Una luz más dorada cae desde el cielo: el sol baja, despacito.

Las piedrecitas se vuelven brasas de colores.

El sonido de las olitas y de los cristales se mezcla con el viento:

shhh... tin... shhh... tin...

Gabi guarda el recuerdo en su cabeza, como si fuera una piedra preciosa.

—Quiero traer este brillo a mis sueños —susurra.

Brisna abre las alas y se eleva lentamente, sin prisa, dejando la playa encendida detrás.

—Hasta mañana, amigo —dice Gabi.

Y Brisna sonrío.

## Capítulo 10 — El regreso al cielo de algodón

Es temprano.

El aire huele igual que el primer día que volaron juntos.

Gabi se pone la gorra roja, sintiendo un cosquilleo de emoción.

—Hoy quiero volver donde empezó todo —dice.

Brisna asiente:

—A las nubes de algodón.

Suben cada vez más, atravesando capas de aire fresco.

Las nubes blancas aparecen como montañas suaves.

Entre ellas, Gabi reconoce una forma familiar.

—¡El perrito de nube! —ríe.

El perrito parece esperarlos.

Da un salto lento, se esconde tras otra nube y vuelve a aparecer, igual que la primera vez.

Vuelan juntos, jugando a perseguirse por el cielo.

Pero algo más ocurre:

De otras nubes empiezan a salir las memorias de sus aventuras.

La nube roja, la playa de cristal, el campo de girasoles...

Cada una aparece como una nube con forma y color, flotando a su alrededor.

Gabi mira todo a su alrededor y siente que el cielo es ahora su álbum de recuerdos.

—Hemos visto tantas cosas... —susurra.

Brisna baja un poco las alas y planea despacio.

El sol se oculta detrás de una nube gigante y todo se tiñe de dorado.

Gabi cierra los ojos un instante, escuchando el viento y sintiendo el calor en la espalda.

Cuando los abre, sabe que, aunque regresen a casa, siempre habrá un nuevo lugar que descubrir juntos.

—Hasta siempre, amigo —dice Gabi, con una sonrisa grande.

Y Brisna sonríe.